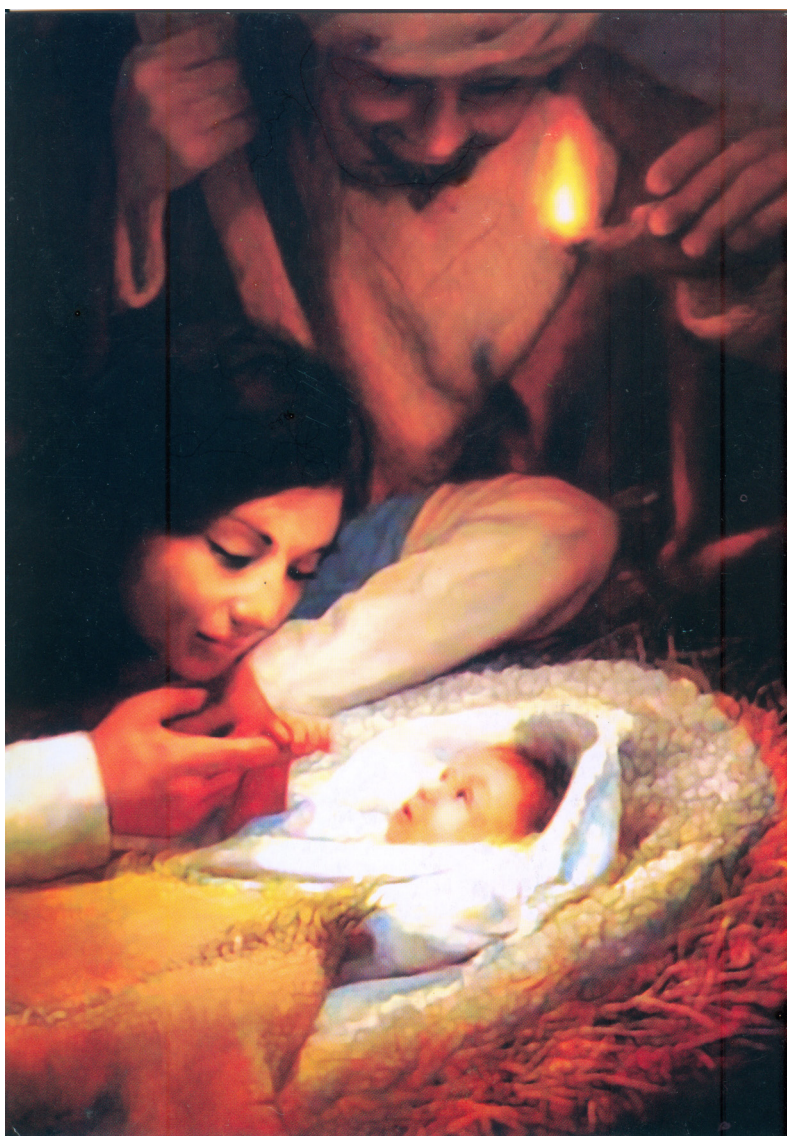




TÚ ILUMINAS MI VIDA



*El Padre envió a su Hijo,
por amor: Tanto amor...
El Hijo de Dios se hizo hombre,
por amor: Humilde amor...
El Espíritu Santo humanizó al Verbo,
por amor: Santo amor...*

Por JESÚS MESA

I. Una luz permanente

El título de este trabajo despliega la imaginación y es muy probable que traiga a la memoria una de las canciones considerada

entre las más hermosas del siglo XX: «Tú iluminas mi vida», ya que letra y música constituyen un binomio capaz de captar la atención de principio a fin, pues ambas cumplen con la sentencia martia-

na de que «se hacen versos de la grandeza, pero solo de los sentimientos se hace poesía».

Hemos utilizado el título de esta composición porque ella abarca todo el simbolismo bíblico de la



luz (blanca) como signo de eternidad y victoria, recogido igualmente en el siguiente fragmento del Credo: «Dios de Dios/Luz de Luz». Además, nos sirve para enunciar el impacto de un hecho religioso, de fe y esperanza, especialmente para los cristianos: el nacimiento de Jesús y la celebración asociada al mismo: la Navidad.

II. Tanto amó Dios al mundo que le entregó su Único hijo (Jn 3,16)

Desde el punto de vista religioso, el Nacimiento de Jesús es un evento trascendental, pues constituye la expresión concreta del infinito amor que Dios siente por los hombres, al entregarle a su Único hijo a través de su Encarnación en la Virgen María.

El impacto antes mencionado también se encuentra presente en el Credo de Nicea, como se aprecia en los textos siguientes, tomados de esta oración: «...Creo en un solo Señor, Jesucristo,/ Hijo único de Dios,/.../, Dios verdadero de Dios verdadero, /engendrado, no creado, /de la misma naturale-

za del Padre, /... que por nosotros lo hombres, /y por nuestra salvación/bajó del cielo,/y por obra del Espíritu Santo/se encarnó de María, la Virgen,/y se hizo hombre».

De igual forma, los Evangelios, en dos de ellos, a pesar de la diferencia de los enfoques de sus escrituras, motivadas por el destino que cada uno escogió (Mateo, para su coterráneos judíos conversos; Lucas para los griegos), se aprecian coincidencias [1], así como el cumplimiento de las profecías [2].

Así, en el caso de Mateo se aborda la anunciación y el nacimiento (Mt. 1,18-25), la Epifanía (Mt. 2,1-12), la huida a Egipto (Mt. 2,13-17) y el regreso a Nazaret (Mt. 2,19-23), en tanto Lucas por su parte recoge la Anunciación (Lc. 1,28-38) y el Nacimiento (Lc. 2,1-20).

III. Por qué surge la celebración de la Navidad

La palabra tradición viene del latín «*traditio*» que a su vez proviene del verbo «*tradere*» que significa entregar [3]. De la definición anterior se infiere que las tradiciones y las costumbres constituyen una forma de traer al presente lo que ocurrió o lo que se acostumbraba hacer en tiempos pasados (hechos u obras), que se transmiten de una generación a otra de forma oral o escrita.

En correspondencia con lo anterior, la Iglesia, y dentro de ella las comunidades cristianas, en su misión de ir por el mundo llevando la Buena Nueva de la Encarnación del Hijo de Dios, en la primera mitad del siglo IV [4], comienzan a celebrar el nacimiento de Cristo, adoptándose a finales del propio siglo como fecha para la celebración de la Navidad el 25 de diciembre [5].

Asimismo, la Iglesia debía recoger de forma ordenada la Historia de la Salvación (HS), desde el nacimiento de Jesús, junto al proceso histórico iniciado con la predicación de los Apóstoles en torno a la Resurrección del Señor, para una mejor comprensión del Misterio de la Salvación; y con ello, la caracterización del tiempo Pascual.

La propia evolución del tratamiento de ambos hechos (Navidad y Pascua) condujo a la necesidad de un tiempo de preparación para dichos momentos, por lo que surge entonces el tiempo de Adviento y de Cuaresma, para la Navidad y la Pascua respectivamente.

Otro aspecto asociado a la Navidad, que no debe pasarse por alto, es que durante la misma se celebran en días consecutivos (26, 27 y 28 de diciembre) tres fiestas que hacen presente la entrega total al Señor: San Esteban, mártir que representa a aquellos que murieron por Cristo voluntariamente; San Juan Evangelista, que personifica a los que estuvieron dispuestos a morir por Cristo pero no los mataron (San Juan fue el único Apóstol que se arriesgó a estar con La Virgen al pie de la Cruz) y Los Santos Inocentes, que personalizan a los que murieron por Cristo sin saberlo [5].

Como culminación de este proceso surge el año litúrgico (figura 1) que permite a la comunidad cristiana recorrer todos los eventos fundamentales; y comienza con el tiempo de Adviento y la Navidad, para culminar con la fiesta de Cristo Rey.